Introducción

En 1904 se otorgó el Premio Nobel de Literatura a Frédéric Mistral. El poeta provenzal decidió gastar el dinero del premio en encontrar un lugar para exponer una colección de reciente creación en la cercana ciudad de Arles. En vez de mostrar pinturas, esculturas, hallazgos arqueológicos, objetos históricos y otros elementos de la alta cultura, el Museon Arlaten exhibió trajes tradicionales, herramientas artesanales locales, muebles antiguos e incluso utensilios de cocina obsoletos. En torno a la misma época, otro escritor francés, Edmond Rostand, decidió emplear los royalties de *Cyrano de Bergerac*, la obra de teatro que le hizo mundialmente famoso, para construir una casa de campo en Cambo-les-Bains inspirada en las casas de labranza vascas locales. ¿Por qué estos famosos autores decidieron no coleccionar arte elevado y construir un palacio o un castillo como hubieran hecho otros nuevos ricos? En vez de eso, ¿por qué buscaron la inspiración en edificios vernáculos y se sintieron atraídos por la cultura popular primitiva de las zonas rurales, llegando incluso al extremo de vivir en una casa de campo que parecía una granja y llenar un museo de utensilios y herramientas oxidadas?

En los años posteriores al cambio de siglo no fueron los únicos que mostraron un enorme interés por la cultura popular de las zonas rurales. De hecho, existía una tendencia internacional generalizada que se podía etiquetar como regionalismo. ¿Pero cómo debemos entender el regionalismo? ¿Se debería interpretar el regionalismo –como sugieren numerosos expertos– como una especie de «despertar de las regiones», derivado de un proceso de creciente concienciación colectiva? Esta interpretación es perfectamente aplicable a Mistral, que fue la figura central del movimiento *Félibrige*, el cual pretendía «reavivar» y fomentar la lengua y la literatura de la Provenza. Con su museo, Mistral esperaba aumentar el conocimiento y la concienciación de la identidad de la región (Mauron 1993). Sin embargo, en el caso de Rostand

la situación es diferente. Él provenía de una familia burguesa de Marsella y posteriormente se mudaría a París. Solo fue a Cambo-les-Bains por recomendación de su médico, para recuperarse de una pleuresía. Le gustó tanto la zona que pidió al arquitecto parisino Albert Tournaire que diseñara para él una casa de campo neovasca (Lloyd 2002; Forrier 2006). Se podría argüir que su interés por la cultura popular local era bastante superficial, ya que el interior de la casa era una mezcla muy ecléctica de un vestíbulo inglés, mobiliario estilo Luis XVI e incluso un salón de fumar chino. Pero es indiscutible que Rostand y su arquitecto contribuyeron a (re)definir la identidad territorial de esta región del suroeste de Francia al ayudar a crear un estilo arquitectónico neovasco que se haría muy popular en los años posteriores. Como se pondrá de manifiesto en este estudio sobre la construcción de identidades regionales en España, Francia y Alemania entre 1890 y 1939, los «forasteros» probablemente influyeron más en perfilar las identidades regionales que los «nativos».

Otro problema que tiene la interpretación aceptada es que la palabra «despertar» sugiere que la identidad regional ya existe y solo está esperando a que la descubran. Se trata de una interpretación esencialista, que también es muy valorada por los nacionalistas que ven la nación como algo dado, como algo que ya estaba ahí desde tiempos inmemoriales. Sin embargo, investigaciones recientes sobre el nacionalismo han demostrado que no era así; las naciones son construcciones sociales, y no muy antiguas. ¿Implica esto que las regiones, o al menos una concienciación extendida de identidades regionales claramente circunscritas, también se habían establecido recientemente? En cualquier caso, para que sea fructífero, un análisis del regionalismo deberá incorporar las nuevas interpretaciones sobre nacionalismo, sobre todo porque en las últimas décadas nuestros conocimientos sobre nacionalismo han cambiado drásticamente. De ahí que antes de explorar y definir con más detalle el regionalismo, deberemos repasar brevemente primero algunas de las interpretaciones más influyentes sobre nacionalismo.

Los estudios pioneros de Ernest Gellner, Eric Hobsbawm y Benedict Anderson, todos ellos publicados en 1983, han puesto de manifiesto que el nacionalismo era esencialmente un fenómeno moderno y que en su mayor parte las identidades nacionales se construyeron deliberadamente. Anderson (1991) indicaba que el nacionalismo solo podía haber visto la luz después de que emergiera la visión de un mundo secular moderno y se crearan lenguas estandarizadas que se derivaron del rápido desarrollo de la imprenta bajo un sistema capitalista. También argüía que las naciones, como «comunidades imaginadas», eran de hecho construcciones culturales. Gellner (1983) añadi-

ría que las naciones y el nacionalismo eran inconcebibles en las sociedades agrarias. Por el contrario, una sociedad moderna, capitalista e industrializada presuponía una cultura nacional homogénea y el conocimiento extendido de un idioma estándar. Mientras que los artesanos y campesinos aprendieron su oficio en la práctica, los trabajadores industriales debían saber leer manuales de distintas máquinas, poder cambiar de trabajo y ser capaces de comunicarse en el idioma nacional. Hobsbawm (1990; Hobsbawm y Ranger 1983), a su vez, aseveraba que el proceso de construcción nacional, que realmente comenzó después de la transición a la modernidad, requería una gran cantidad de tradiciones inventadas, y por eso hizo hincapié en la naturaleza esencialmente artificial de las identidades nacionales.

En general, casi todos los expertos están de acuerdo en que la Revolución Francesa fue el principal punto de inflexión. Antes de 1789, la identidad se definía esencialmente por la posición social, la profesión y la religión. Por tanto, los miembros del clero, la nobleza, la burguesía, los artesanos, campesinos y los pobres tanto de las urbes como del campo se relacionaban, hacían vida social y se casaban por lo general dentro de su propio estrato social. Los integrantes de los distintos grupos sociales solían vestirse y comportarse de distinta forma, tenían una cultura diferente y empleaban su propia lengua o dialecto. Al mismo tiempo, las fronteras entre los estados y las lenguas eran permeables y difusas y en tiempos de paz apenas tenían efecto en la forma en la que las personas se identificaban entre sí. Esto cambió radicalmente cuando en 1789 se abolieron todas las diferencias legales entre los diversos estamentos, grupos sociales, provincias, ciudades y gremios, y, consecuentemente, todos los súbditos del rey se convirtieron en ciudadanos iguales de la nación francesa. Además, la nacionalidad no solo se convirtió en el principal criterio jurídico, distinguiendo a los ciudadanos de Francia de los extranjeros, sino que también tenía una dimensión política, ya que el absolutismo del rey fue sustituido por la soberanía de la nación. Debido a ello, todos los ciudadanos (masculinos) adultos recibían el derecho a la participación política para así co-determinar el futuro de la nación (Bell 2001). En los siguientes años y durante las subsiguientes guerras napoleónicas, los ideales de la Revolución Francesa y muchas de sus reformas se exportarían a gran parte de Europa.

Esta interpretación modernista se ha refutado y criticado ferozmente, en particular por parte de Anthony Smith (1986; 1998). En diversos estudios subrayó la continuidad entre las identidades étnicas y nacionales y la relevancia de elementos y pautas comunes que se podían encontrar tanto en las identidades colectivas modernas como premodernas. No obstante, incluso Smith

reconoce el cambio fundamental provocado por el auge de la modernidad y la Revolución Francesa. Además, admite el hecho de que las identidades nacionales se volvieron mucho más ubicuas y fundamentales de lo que habían sido nunca las identidades étnicas. Aunque otros científicos han criticado a Anderson, Gellner y Hobsbawm y han modificado o matizado diversos aspectos de su obra, sus argumentos principales han contado con una amplia aceptación. Estimulados tanto por su visión como por la renovada actualidad del nacionalismo desde la década de los ochenta –en particular a partir de la caída del Muro de Berlín– se ha publicado un gran número de estudios que han mejorado enormemente el conocimiento que tenemos sobre el auge del nacionalismo, el proceso de la construcción nacional y la creación de identidades nacionales en casi todas las áreas del mundo (Thiesse 1999; Leerssen 2006; Breuilly 2013).

Debido a este conjunto de conocimientos, también se ha puesto claramente de manifiesto que durante el siglo XIX gran parte de la población –incluso en Estados-nación tan modernos como Francia– no se identificaba con la nación y ni siquiera era consciente de tuviera una identidad nacional. En un estudio clásico, Eugen Weber (1976) mostró que los campesinos se tenían que transformar en franceses y esto se consiguió en gran medida mediante una política activa de construcción nacional por parte del Estado central. En un libro reciente, Graham Robb (2007) incluso dudó de si este proceso se había completado ya al principio del siglo XX.

Otro resultado de estas investigaciones ha sido que se ha cuestionado la estricta dicotomía entre un nacionalismo cívico o político y un nacionalismo étnico o cultural –asociados respectivamente con el caso francés y alemán–. Conforme a ello, el nacionalismo político luchaba esencialmente por los derechos políticos de los ciudadanos, que se definían únicamente como aquellos que residían (durante una cantidad mínima de años) en el país. A su vez, el nacionalismo cultural hacía énfasis en la lengua, historia, descendencia étnica, tradiciones y cultura compartidas y, por tanto, más o menos excluía explícitamente de la comunidad nacional a aquellos habitantes que tenían un idioma diferente o que provenían de un trasfondo étnico o cultural distinto. Muchos autores ya han hecho hincapié en el hecho de que ambas variantes estaban presentes en casi todos los casos y que se entremezclaban fácilmente (Brubaker 1999; Baycroft y Hewitson 2006). Además, como ha indicado Charlotte Tacke (1998), estos trayectos nacionales supuestamente diferentes han influido enormemente en la historiografía posterior. La mayoría de las investigaciones sobre nacionalismo se integra dentro de las tradiciones historiográficas nacionales y, de este modo,

la investigación histórica sigue guiándose por todo tipo de supuestas características colectivas que resaltaron los nacionalistas. Así pues, los historiadores alemanes se han centrado esencialmente en formas culturales de nacionalismo, mientras que sus colegas franceses han preferido temas relacionados con el nacionalismo político. Aunque sigue habiendo cierta desproporción, esta situación ha cambiado significativamente durante los últimos años.

Hasta hace poco, las investigaciones sobre el nacionalismo habían ignorado ampliamente la región y el regionalismo. Partiendo de teorías modernistas —que eran compartidas también por autores como Anderson, Gellner, Hobsbawm y Weber— se suponía que los espacios regionales separados o diferentes eran un resto del pasado, un vestigio de los estados compuestos del Antiguo Régimen y que en toda Europa las regiones iban a ser absorbidas por los Estados nación, los cuales representaban el futuro. Los privilegios y marcos legales regionales ya habían sido sustituidos por leyes nacionales uniformes, mientras que los mercados regionales se iban integrando poco a poco en las economías nacionales. En política, el ámbito local y regional había sido acaparado por los partidos, el parlamento y el gobierno, y todos ellos operaban a escala nacional. A través de la educación, los medios de comunicación y el servicio militar, la cultura nacional se había difundido por todo el país, allanando las diferencias regionales existentes. Por lo tanto, el contexto fundamental para estudiar el desarrollo social, económico y cultural o los acontecimientos políticos era el del Estado nación (Applegate 1999).

Esta interpretación modernista de la sustitución del ámbito local y regional tradicional por el Estado nacional moderno se plasmó en el estudio de Eugen Weber (1976). En su libro, Weber analizó cómo la modernización del campo francés durante el siglo XIX, en combinación con la activa política nacionalizadora de la Tercera República, eliminó poco a poco las fuertes diferencias regionales en el país. Sin embargo, los procesos de nacionalización también tenían sus límites, puesto que no se asimilaron todas las regiones y minorías étnicas. Ernest Gellner (1983) explicó que los movimientos nacionalistas minoritarios también eran el producto de la modernización. De una manera algo abstracta, el autor describió el surgimiento del nacionalismo de los «ruritanos» en el imperio de Megalomania. La transición de una sociedad agraria a una sociedad industrial exigía, según Gellner, la educación de las masas en una lengua estandarizada. Esto puso a los ruritanos que no hablaban la lengua oficial en una situación de desventaja, lo cual solo se podría remediar asimilándose en la lengua nacional dominante o siguiendo un proceso de emancipación, pasando de ser un grupo étnico marginado a convertirse en una nación.

Obviamente, no todos los grupos étnicos o pueblos obtuvieron su propio Estado. El surgimiento de las pequeñas naciones europeas ha sido estudiado desde un enfoque modernista parecido por Miroslav Hroch (2000, 22-24) en un libro comparativo que se publicó originalmente en 1969. El autor checo distinguió tres fases en la evolución progresiva de los movimientos nacionalistas. En la primera fase, unos pocos intelectuales estudiaron la historia, cultura y lengua de una «nacionalidad oprimida». La segunda fase se caracterizaba por la agitación patriótica de un reducido número de activistas, mientras que en la última fase el nacionalismo se convirtió en un movimiento de masas. Aunque Hroch admitió que no todos los movimientos nacionales seguían el mismo orden, y también estudiaba movimientos –como el eslovaco y el flamenco– que aún no tenían un Estado propio, su teoría suponía una modernización lineal conforme a un esquema fijo. En esto coincidió con Weber y, como Gellner, afirmó que solamente aquellas regiones con un grupo étnico diferente tenían posibilidades de mantener –e incluso reforzar– su carácter independiente.

En los años setenta autores como Immanuel Wallerstein y Stein Rokkan criticaron la simplicidad de las teorías de modernización existentes, reemplazándolas por un nuevo modelo de centro y periferia. Y esto no solo lo aplicaron a actores estatales en la escena internacional, sino también a las diferentes partes de un país (Applegate 1999, 1165-1166). Michael Hechter (1975) utilizó este modelo en su libro sobre la periferia celta de Gran Bretaña, afirmando que el «colonialismo interno» de Inglaterra había causado el atraso económico de Irlanda y grandes partes de Escocia y el País de Gales. Aunque se produjo un importante declive del uso de las lenguas celtas, el autor mantenía que la opresión impidió la unificación del país y que de hecho fomentó el surgimiento de nacionalismos periféricos. Es decir, que la movilización nacionalista no se produjo principalmente para proteger la lengua y la cultura «nacionales», como postularon Hroch y Gellner, sino como reacción a la «opresión» política y económica. Otros científicos adoptaron los mismos planteamientos y en las décadas siguientes se publicaron muchos estudios y volúmenes colectivos sobre otras regiones «marginadas» o «infelices» como Bretaña, Córcega y Flandes, que también lograron conservar una marcada identidad regional (Applegate 1999, 1166-1171).

En España, desde los mismos postulados modernistas, algunos historiadores empezaron a estudiar el surgimiento de los nacionalismos «periféricos». Partiendo del modelo francés analizado por Weber, concluyeron que la conversión de movimientos regionales en nacionales a finales del siglo XIX y

principios del XX no era causado por una reacción frente a un fuerte impulso modernizador o colonizador proveniente del centro, como Hechter había diagnosticado para el caso británico, sino por la falta de empuje del proceso nacionalizador español. Autores como Borja de Riquer (1994) lo explicaron como una consecuencia de la debilidad del Estado español, que no logró modernizar la sociedad y la economía, ni puso mucho énfasis en la nacionalización de la población. Por lo tanto, hasta finales de los años noventa los historiadores examinaron sobre todo el afianzamiento de los nacionalismos periféricos y la debilidad o el fracaso del nacionalismo español (Molina Aparicio 2005; Núñez Seixas 2010; Molina Aparicio 2017). La adopción del término «nacionalismo periférico» sugiere que las teorías de Wallerstein y Rokkan también tuvieron cierto impacto en la historiografía española, aunque era difícil sostener que Cataluña y el País Vasco eran regiones económicamente atrasadas.

A finales de los años ochenta y principios de los noventa del siglo XX el debate europeo entró en una fase nueva al surgir interpretaciones innovadoras que socavaron las teorías modernizadoras, que en el fondo equiparaban la región con el particularismo del Antiguo Régimen y el Estado nación unitario con la modernidad. Inspirados por el «giro espacial» se publicaron nuevas investigaciones detalladas que analizaron el proceso de nacionalización desde una perspectiva local o regional y que no representaban a la población local como sujetos pasivos, complicando así los modelos lineales existentes (Storm 2019). En el caso francés, autores como Peter Sahlins y Caroline Ford criticaron a Weber por interpretar el proceso de nacionalización como algo impuesto desde arriba, fijándose casi exclusivamente en las actividades de los funcionarios estatales. Sahlins (1989) enseñó, en su estudio de la frontera entre Francia y España en la comarca pirenaica de la Cerdaña, que poco después de su partición en 1659 los habitantes invocaron activamente su identidad nacional para exigir favores y privilegios concretos de París y Madrid. De este modo combinaron una fuerte identidad local que se expresó a través del dialecto catalán con su identificación como súbdito/ciudadano francés o español. No obstante, a la larga las ventajas concretas que ofreció el Estado galo —en cuanto a oportunidades y recompensas materiales— fueron un fuerte estímulo para que los habitantes del lado norte de la frontera adoptaran la lengua y la cultura francesas. En *Creating the Nation in Provincial France*, Ford (1993) puso de manifiesto que en Bretaña fue sobre todo la movilización política de partidos y asociaciones católicos locales y regionales que se opusieron a la política anticlerical de la Tercera República la que convirtió a los habitantes

de la región en ciudadanos activos de la nación. Según Ford y Sahlins, la nacionalización no estaba impuesta desde arriba, sino que era la consecuencia de un proceso de negociación entre los actores estatales y la población local, y por lo tanto los resultados no serían necesariamente idénticos en todas partes del país.

Anne-Marie Thiesse (1991) tiene un planteamiento diferente, ya que no estudió la unificación nacional, sino el surgimiento del regionalismo cultural francés a finales del siglo XIX y principios del XX, aplicando las teorías de Pierre Bourdieu sobre el campo literario. Como Sahlins y Ford, la autora francesa confirió un papel activo a actores provincianos, cuestionando más abiertamente la dicotomía entre nación y región. En *Écrire la France* examinó cómo algunos autores provincianos franceses —que tuvieron que trabajar en un mercado literario cada vez más competitivo— crearon una nueva literatura regionalista; perfilarse como un escritor regional podía ser una estrategia rentable. Además, el surgimiento de esta nueva literatura regionalista era parte de un «renacimiento de las provincias» más amplio que la autora interpretó como una democratización de la esfera pública. En su siguiente libro, *Ils apprenaient la France*, Thiesse (1997) afirmó que después de la derrota en la Guerra Franco-Prusiana de 1871, dentro de la política nacionalizadora de la Tercera República se subrayó precisamente el papel de las regiones en la educación primaria. En las clases de geografía e historia se presentaba a Francia como una unidad en la diversidad. Estudiando la «patria chica» los alumnos también comprenderían mejor la «patria grande», fomentando así su patriotismo. De esta manera, dejaba claro que la región no desapareció con el surgimiento del nacionalismo, sino que las identidades regionales se fortalecieron conscientemente.

Mientras que hasta ahora los estudios sobre el regionalismo se centraban sobre todo en aspectos políticos, sociales y eventualmente económicos y educativos, a principios de los noventa se produjo un giro cultural que también se percibe en parte en los trabajos de Thiesse. Un estudio clave en este sentido era *A Nation of Provincials* de Celia Applegate (1990) sobre el Palatinado alemán, que no se parecía en nada a las regiones insatisfechas —o los nacionalismos periféricos— que habían atraído hasta ahora la atención de los historiadores. La autora aplicó las teorías de Benedict Anderson (la nación como una comunidad imaginada) y Eric Hobsbawm (sobre tradiciones inventadas), que presentaban la nación y su identidad como una construcción social, a un espacio regional. En su libro, enseñó que la identificación con la región no desapareció con la unificación ale-

mana de 1871. Al contrario, la identidad regional se definió de una manera más elaborada en las décadas siguientes. Las asociaciones regionalistas empezaron a florecer, sobre todo en los centros urbanos. Al alentar la participación de amplios estratos de la población en la recopilación y preservación del patrimonio regional, estas asociaciones tuvieron claras implicaciones democráticas e igualitarias. De esta manera la identificación con la nación alemana abstracta se fomentaba a través del apego al patrimonio mucho más concreto de la región, desde el folclore, las costumbres, los trajes, las canciones y los bailes tradicionales hasta la artesanía, los edificios típicos y los paisajes locales. Por lo tanto, se anticipó a la conclusión que Thiesse sacaría para el caso francés de que el amor al *Heimat* local estaba íntimamente conectado con la lealtad a la Patria y que ambos se reforzaban mutuamente (véase también Confino 1997).

Su método constructivista –que también era parte de las herramientas del «giro espacial»– ha sido adoptado por muchos otros historiadores y juntos transformaron la interpretación del regionalismo (Storm 2003), que se diferencia en cuatro puntos esenciales de las interpretaciones modernistas anteriores. Primero, las identidades regionales, como las nacionales, son construcciones sociales y, por lo tanto, se reinterpretan y reproducen continuamente. Segundo, los espacios e identidades regionales no están condenados a desaparecer, sino que se reforzaban a consecuencia del proceso de nacionalización. Tercero, una identidad regional destacada no es un privilegio de regiones «infelices» como Escocia, Flandes, Cataluña o Bretaña, donde una parte considerable de los habitantes aspira a ser una nación, sino que también se puede encontrar en regiones como Normandía, Andalucía, Sajonia o Devon, donde la mayoría está «satisfecha» o incluso orgullosa de su pertenencia a una nación más grande. Y cuarto, las identidades regionales y nacionales no se excluyen entre sí, sino que en la mayoría de los casos se solapan e incluso fortalecen mutuamente.

Todas estas perspectivas innovadoras también se introdujeron en España. En un trabajo pionero, José María Fradera (1992) defendió la existencia de un doble patriotismo en el caso catalán, puesto que durante el siglo XIX el amor por la región era compatible con la lealtad a la nación española. Y poco después también se publicaron estudios que examinaban la construcción de identidades territoriales en regiones «satisfechas», como por ejemplo Cantabria (Suárez Cortina 1994) y Valencia (Archiles y Martí 2001).

Todos los estudios mencionados hasta ahora, excepto los de Anne-Marie Thiesse, tienen una región particular como objeto de análisis. En general, los

autores explican el desarrollo de los eventos casi exclusivamente desde el contexto regional y nacional específico, ignorando influencias del exterior, lo que da como resultado una colección de trayectorias singulares. La amplia mayoría del resto de estudios sobre regionalismo también se centran en una sola región o bien en un solo aspecto del regionalismo dentro de un país, como el auge de la preservación histórica, la protección del medio ambiente, etnografía, folclore o la literatura regional (para Alemania véase por ejemplo Lixfeld 1994; Oberkrone 1993, Boa y Palfreyman 2000, Rollins 1997; Lekan 2004; Speitkamp 1996; Koshar 1998; Confio 2006). De este modo, adoptan implícitamente un nacionalismo metodológico (Storm 2018) o incluso un regionalismo metodológico.

Aunque ahora la mayoría de los especialistas reconoce que el regionalismo fue un fenómeno internacional, muchos aún siguen explicando el regionalismo desde el contexto nacional que constituye el marco de su investigación. Debido a ello, se han propuesto explicaciones que casi se contradicen totalmente entre sí. Por ejemplo, se ha sostenido que en Alemania el regionalismo se había producido por el rápido proceso de urbanización e industrialización que había debilitado el entramado social tradicional, por la inestable posición política de la *Bildungsbürgertum* ‘burguesía culta’, y por la tardía unificación nacional, lo que significaba que el proceso de la construcción nacional seguía presentando puntos débiles básicos (Applegate 1990, 12-17 y 60; Bausinger 1990, 76-91; Confino 1997, 14-15, 134, 149 y 188-189). En Francia, el regionalismo supuestamente surgió a raíz de la derrota en la guerra franco-prusiana de 1870 y la posición internacional debilitada del país. La burocracia estatal, fuertemente centralizada, también provocó discrepancias y oposición por parte de las provincias (Thiesse 1991, 12-13). Por tanto, mientras que en Alemania el regionalismo había surgido por una modernización brusca, en Francia fue el estancamiento lo que parecía haberlo fomentado, y mientras que en Alemania la falta de unidad nacional alentaba el regionalismo, en Francia esto estaba inducido supuestamente por un exceso de centralización. En España se subrayaban otros factores que contribuyeron al regionalismo. En este caso, la pérdida de las principales colonias en 1898 y la necesidad de regenerar el país provocaron un profundo malestar y una crisis de identidad. Además, a diferencia de la situación en Francia, el gobierno español estaba centralizado, pero era muy poco eficiente, por lo que fue incapaz de imponer una cultura nacional coherente (Riquer 1994; Núñez 2001).

Esta falta de conexión entre los diversos debates e interpretaciones nacionales también se debe a la ausencia de una terminología común aceptada

por todos. En Alemania el concepto central con relación al regionalismo es *Heimat*, un término complejo que se puede traducir como hogar, terruño, patria, región y país natal. Este término aparece en los compuestos *Heimabewegung* ‘movimiento regional’, *Heimatschutz* ‘preservación’, *Heimatkunst* ‘arte regionalista’ y *Heimatarchitektur* ‘arquitectura regionalista’. Por lo tanto, la connotaciones de este término son sobre todo sentimentales y culturales. En España y Francia, a su vez, regionalismo se asocia sobre todo con un movimiento que se opone a la centralización política, la cual es prácticamente irrelevante en el contexto alemán. Pero el aspecto político parece que está prácticamente ausente en la arquitectura regionalista, que es un término aceptado tanto en Francia como España, y en la pintura regionalista, que es una corriente artística ampliamente reconocida.

Por lo tanto, hasta hace muy poco el estudio del regionalismo solía seguir las pautas que ya habían desarrollado los historiadores nacionalistas del siglo XIX. En Alemania, donde el nacionalismo se veía esencialmente como un fenómeno cultural, los diversos movimientos regionales se estudiaban sobre todo desde una perspectiva cultural (Applegate 1990, Confino 1997, Wilson 2007). Sin embargo, en los últimos años se ha dedicado más atención al regionalismo político y sobre todo al papel de los (antiguos) Estados y la naturaleza federal del nuevo imperio (Green 2001, 2003; Umbach 2006; Weichlein 2004; Jenkins 2003). En Francia dominaba una interpretación política de la nación y, debido a ello, la mayoría de los estudios se centraban en el papel que tenía el Estado en la creación de las identidades tanto nacionales como regionales (Chanet 1996; Thiesse 1997; Ford 1993; Baycroft 2004; Wright 2003). No obstante, hace poco ha surgido también un enfoque más cultural en algunos estudios interesantes (Thiesse 1991; Mihail 2006; Guy 2007). Por otro lado, en España, el auge del regionalismo político en los llamados nacionalismos periféricos y la aparente debilidad del proceso de construcción nacional (en comparación con Francia) atrajeron casi toda la atención de los investigadores (Granja, Beramendi y Anguera 2003; Molina Aparicio 2005). Esto ha cambiado considerablemente durante los últimos años, ya que también se están estudiando actualmente otras regiones (en las que no se reclamaba la autonomía o apenas se hacía) y el foco de atención se centra más en la construcción de la identidad regional (Archilés y Martí 2001; Forcadell Álvarez y Romeo Mateo 2006; Núñez Seixas 2006, 2007; Núñez 2008).

Recientemente han visto la luz algunos trabajos sintéticos y varios volúmenes colectivos, tanto en España (Núñez 2001; Brinkmann 2005; Archilés

2006; Forcadell y Romeo Mateo 2006) como en el resto de Europa (Ther y Sundhausen 2003; Cole 2007; Augusteijn y Storm 2012; Núñez Seixas y Storm 2018), que ponen de manifiesto que la evolución del regionalismo durante los siglos XIX y XX muestra grandes similitudes en las diferentes partes del continente. El auge, florecimiento y fin del regionalismo ocurrieron más a o menos al mismo tiempo en toda Europa, y sus formas, argumentos y retórica eran muy similares en todas partes. Incluso se pueden detectar expresiones de regionalismo similares en Estados Unidos (Dorman 1993), América Latina y Asia (Storm 2019). Por lo tanto, hay que concluir que el regionalismo era un fenómeno transnacional y que su evolución por diferentes etapas no dependía principalmente de las circunstancias particulares en una región o nación determinadas, sino de cambios estructurales en la sociedad, la economía y la política en todo el continente europeo (e incluso a escala mundial) y quizá más todavía de las diferentes modas intelectuales y culturales. Por consiguiente, solo un estudio comparativo puede revelar cómo se desarrolló el regionalismo y por qué lo hizo.

Además, estas nuevas interpretaciones ponen de manifiesto que el auge del regionalismo –que podemos definir de una manera neutra como un movimiento que fomentó el estudio, la construcción y el fortalecimiento de la identidad regional– se produjo sobre todo hacia finales del siglo XIX como una nueva fase del proceso de construcción nacional. Durante la primera parte del siglo XIX, la mayoría de los nacionalistas se dirigieron principalmente a derrotar a las fuerzas del Antiguo Régimen. Su objetivo era crear un Estado constitucional que garantizara la soberanía de la nación y la igualdad de los ciudadanos. Las fuerzas impulsoras eran las élites burguesas y la clase media. Alrededor de 1870, una vez que se había establecido un régimen más o menos liberal en la mayoría de los países de Europa Occidental, el proceso de construcción nacional se tuvo que adaptar a la nueva situación. Durante la primera mitad del siglo XIX, en general los nacionalistas seguían pensando que a la humanidad le estaba esperando un futuro brillante de Estados-nación que coexistirían pacíficamente si todo el mundo tuviera un Estado propio en el que los ciudadanos controlaran efectivamente las instituciones políticas. Sin embargo, al final del siglo XIX, estas expectativas optimistas se fueron diluyendo lentamente, ya que tanto los habitantes de derechas como los de izquierdas se negaron cada vez más a aceptar la nación como el ideal más elevado. Los socialistas y anarquistas preferían la solidaridad internacional de los trabajadores, mientras que los partidos confesionales parecían acatar principalmente su religión y las

directrices fijadas por sus líderes, que no se detenían necesariamente en las fronteras nacionales. Por lo tanto, a los ojos de la mayoría de los nacionalistas era necesario socializar a los nuevos votantes de las clases bajas y concienciarles de su identidad nacional con el fin de salvaguardar el orden político existente.

Al mismo tiempo, la cooperación internacional y el libre comercio estaban pasando un mal momento, ya que la carrera colonial y la introducción de las barreras arancelarias estaban incrementando la rivalidad política y económica entre los poderes europeos. Esto provocó una política exterior más agresiva, no solo de las principales potencias imperiales, que protegían y ampliaban sus posesiones coloniales existentes, sino también de otras como el Imperio alemán, que reclamaba o anexionaba áreas con población germanohablante, como Alsacia-Lorena. En la mayoría de los países europeos, esta escalada de las tensiones internacionales contribuyó al auge de un nuevo nacionalismo, ya que estaban avivando la necesidad de nacionalizar a las masas con el objetivo de superar las desavenencias internas y fomentar la unidad nacional. Por ello, los intentos conscientes de estimular el sentimiento nacional ya no se dirigían a los clubs, academias y sociedades eruditas donde se reunían las clases altas, sino que tenían que ser visibles para un público más amplio. Ahora el nacionalismo conquistaba las calles en forma de fiestas nacionales, desfiles, festivales, estatuas y conmemoraciones a gran escala. Este proceso ya había comenzado alrededor de 1870, pero fue ganando fuerza progresivamente durante la última década del siglo XIX (Hobsbawm 1990; Thiesse 1999; Zimmer 2003).

No solo se deterioró el clima político, enfriando el optimismo, sino también la esfera cultural. La fe en el progreso, que estaba sustentada por nuevos descubrimientos científicos, una organización más racional de la sociedad, el crecimiento económico y la posibilidad de un mayor bienestar general que llegara a todos los estratos de la población, se fue diluyendo poco a poco. Numerosos intelectuales empezaron a temer que la sociedad, en vez de producir ciudadanos mejores y más sensatos, se estuviera desintegrando y hubiera iniciado una fase de decadencia. Sentían que la degeneración moral y física de amplias capas de la población constituía una grave amenaza para la estabilidad política. Las visiones y perspectivas racionalistas y positivistas de los científicos y sociólogos, que también habían sido adoptadas por numerosos políticos e intelectuales progresistas, estaban siendo cada vez más criticadas por ser demasiado rígidas y limitadas. La realidad no se podía entender íntegramente con métodos racionales y la ciencia tampoco podía resolver todos los problemas sociales y humanos. Después de todo, el hombre no solo era un

ser racional, sino que también tenía sentimientos irracionales, temores subjetivos, instintos y sueños que eran tan reales como el mundo objetivo.

Tanto esta situación política más complicada como el giro cultural subjetivista influyeron enormemente en intelectuales jóvenes de toda Europa. Algunos, como Julius Langbehn (1890), Maurice Barrès (1897, 1902) y Ángel Ganivet (1897), empezaron a modificar las ideologías nacionalistas existentes. Ejerció sobre ellos una profunda influencia el historiador francés Hippolyte Taine, que había intentado desarrollar un método científico para estudiar el pasado cultural. En opinión de Taine, toda expresión cultural estaba determinada por *race, milieu et moment* ‘raza, entorno y momento’. Toda obra de arte, literatura o música se podía explicar estudiando las tradiciones nacionales, el entorno natural y la situación histórica específica en la que se producía. Esta visión implicaba que toda expresión cultural estaba casi completamente determinada por su contexto. Mientras que Taine usaba la raza, el entorno y el momento como conceptos analíticos para estudiar el pasado, estos jóvenes intelectuales los convertían en categorías morales de la actualidad. Las expresiones culturales significativas tenían que estar enraizadas en el pasado nacional y el entorno natural, y tenían que reflejar las necesidades actuales. De este modo, convertían un método «objetivo» de estudio histórico en una obligación subjetiva del presente para crear una cultura auténticamente nacional (Storm 2012; véase también Stern 1961; Sternhell 1972; Storm 2001).

Su perspectiva idealista también se manifestaba en su empeño por revivir la idea romántica de *Volksgeist* ‘el espíritu del pueblo’. Como aceptaban la influencia del entorno físico sobre la expresión cultural, ampliaron el significado de *Volksgeist* para incluir regiones además de las naciones. Por ejemplo, las zonas de montaña requerían unas adaptaciones culturales distintas a la vida en la llanura o a lo largo de la costa. Por consiguiente, concluyeron que cada región tenía su propio «espíritu» y que todas las regiones combinadas constituían el espíritu nacional. Este modo de pensamiento se entrelazó con la terminología biológica, que se había popularizado gracias a Darwin. La nación se comparaba con un cuerpo y las regiones como sus órganos. Si faltaba o se había amputado una parte, todo el organismo sufría. Esa pérdida podía amenazar incluso su existencia. La salud del conjunto solo se podía garantizar a través del bienestar de sus partes; y en el vocabulario del *Volksgeist*, la salud significaba ser fiel a la personalidad única de cada uno.

Este tipo de razonamiento no llevaba necesariamente a una actitud reaccionaria o extremadamente conservadora. Después de todo, el «espíritu popular» se podía ver como el producto histórico de un grupo de personas que

vivía en una determinada zona. La gente se adaptaba a las circunstancias naturales y climáticas de su entorno. Al mismo tiempo también explotaba la naturaleza para satisfacer sus necesidades. El resultado de este proceso histórico de adaptación a la naturaleza y del dominio de esta constituía la forma cultural específica de la zona en cuestión. Pero, significativamente, estos intelectuales creían que este proceso no se debía detener o enmendar. Solo se debía rectificar si era necesario y, en ese caso, solo se debía hacer conforme a la voz del «alma colectiva» con el fin de recuperar su verdadero rumbo.

En torno a 1890 hubo algunos acontecimientos que no solo provocaron cambios en la esfera nacional, sino que también ocasionaron una variación fundamental a escala local. Hasta entonces el estudio de las identidades regionales solo interesaba a un pequeño grupo de notables provincianos y, debido a ello, se había tratado de un fenómeno bastante limitado. El trasfondo histórico, arqueológico y geográfico de una región se analizó dentro de un contexto más amplio y como contribución indispensable –si bien no siempre totalmente reconocida– a la grandeza nacional. En general, los resultados de estos estudios eruditos se presentaban a los miembros de las sociedades eruditas o a la élite local (Applegate 1990, 31-68; Kunz 2000; Gerson 2003; Fradera 2000; Brinkmann 2005). No obstante, se puede cuestionar si el término regionalismo es apropiado para describir las actividades de estos eruditos, ya que estos no estaban tan interesados en la identidad idiosincrásica que distinguía a la región del resto de la nación como en aquellos elementos que hacían que fuera una pieza irremplazable del conjunto.

Esta situación cambió durante la última década del siglo XIX, ya que los miembros jóvenes y de buena educación de las élites locales intentaron mezclarse con un público más amplio. Esto significaba que tenían que desarrollar otras formas de socialización y expresión. Con el fin de movilizar a las clases medias y bajas, fundaron nuevas asociaciones regionales que se orientaban fundamentalmente a actividades recreativas. En vez de dar conferencias, organizar banquetes y publicar estudios eruditos, ahora llevaban a cabo excursiones, organizaban festivales e inauguraban museos locales. También empezaron a valorar los dialectos locales o las lenguas vernáculas, no solo como objeto de estudio, sino también como medio de publicación. Al mismo tiempo, probablemente influidos por las nuevas interpretaciones del concepto de *Volksgeist*, pasaron de centrarse en el pasado lejano –en el que se debían encontrar las raíces de la identidad regional y nacional– al patrimonio cultural y natural actual que distinguía a su región del resto de la nación. Así pues, se realizaban excursiones a paisajes peculiares, a lugares de interés históricos y naturales y a

pueblos, pequeñas ciudades y edificios típicos. Los museos regionales, como el de Arles, empezaron a mostrar la artesanía local, herramientas antiguas, trajes tradicionales y otros artículos folclóricos. El arte, la arquitectura y la literatura vernácula se convirtieron en el centro de atención, además de otras expresiones de la cultura popular tradicional (Applegate 1990, 60-107; Confino 1997; Ditt 1990; Thiesse 1991; Wright 2003; Marfany 1995). Aunque hacían hincapié en la identidad idiosincrásica de su terruño, en general continuaban subrayando que su región estaba conectada orgánicamente con la patria. A consecuencia de ello, el regionalismo se ha interpretado como una nueva fase del proceso de construcción nacional, ya que la mayoría de las «nuevas» identidades regionales complementaban las identidades nacionales existentes al ampliar enormemente el patrimonio nacional y proporcionarle raíces locales (Applegate 1990; Confino 1993; Thiesse 1991; Núñez 2001).

El auge tanto de los nuevos movimientos regionales como de un nacionalismo más activista –en el que se dispuso amplio espacio a las identidades regionales individuales, siempre que continuaran formando parte integral del conjunto nacional– tuvo un impacto enorme en los diversos países europeos. El nuevo reconocimiento del folclore, los monumentos históricos, los edificios tradicionales, las costumbres, la artesanía, paisajes típicos y lugares de interés naturales llevó a intentar proteger los lugares culminantes del patrimonio regional y nacional. Debido a ello, la preservación de los emplazamientos naturales e históricos recibió un apoyo masivo y tanto particulares como museos recopilaban toda clase de artefactos tradicionales. Esto afectó incluso a la alta cultura, ya que la etnología pasó a ser una nueva rama de la ciencia y los compositores, escritores, arquitectos y escultores fueron incluyendo cada vez más motivos populares en sus obras. Aunque no se trataba de algo completamente nuevo, su escala era ahora mucho más grande. De este modo, unos pocos precursores aislados entraron a formar parte de un amplio movimiento y un discurso público enormemente influyentes.

Karl Ditt (1996, 230-232), un especialista en el movimiento regional alemán, dice incluso que la cultura regionalista –para la que utiliza los términos alemanes *Heimatkultur* y *Volkstumskultur*– es una de las cinco formas culturales más importantes del periodo que transcurre entre finales del siglo XIX y mediados del XX. También menciona la alta cultura, la cultura vanguardista, la cultura de la clase trabajadora y la cultura de masas. En su opinión, estas dos últimas formas crearon su propia esfera aparte, mientras que la cultura regionalista y la vanguardista empezaron a competir con la alta cultura existente. La vanguardia atacaba las normas estéticas desfasadas que obstaculiza-

ban la libertad artística y la creatividad. A su vez, los regionalistas criticaban el carácter elitista y cosmopolita de la alta cultura. En vez de un progreso cultural internacional impulsado por unos pocos genios creativos, sus representantes intentaban fomentar el crecimiento orgánico de una cultura popular que tenía sus raíces en el *Volksgeist*. El individuo no era libre, sino que estaba marcado por la naturaleza, el pasado y la tradición. Todas las expresiones culturales se tenían que orientar tomando como base este trasfondo común. Si no lo hacían, el resultado sería la degeneración colectiva.

La caracterización que hace Ditt del regionalismo alemán —y la vanguardia— como que constituían el principal desafío de la alta cultura existente se puede trasladar fácilmente a la mayoría de los países europeos. De hecho, el regionalismo era una tendencia cultural extremadamente importante que comenzó en torno a 1890 como un movimiento innovador. Al igual que otros movimientos reformistas del final de siglo, los regionalistas criticaron el liberalismo clásico del dejar hacer, dejar pasar, porque este ignoraba las diferencias locales y se abstenía de cualquier intervención del Estado. Además, el regionalismo, que hacía hincapié en la participación y su antielitismo, también tenía un claro componente democrático. En torno a una década más tarde, se convirtió en un movimiento dominante. Se pensaba que todas las regiones tenían su propia «alma» y, como parte orgánica de la nación, estas se debían estudiar y se debía fortalecer su carácter particular. Por lo tanto, el periodo que va desde aproximadamente 1890 hasta 1939 se convirtió en la edad dorada de la cultura popular regionalista. Los museos locales, las publicaciones regionalistas, los festivales folclóricos, las obras de teatro en dialecto provincial y las novelas regionales florecieron como no lo habían hecho antes, y la preservación del paisaje natural típico, la arquitectura vernácula y las artes y los oficios populares se consideraron una necesidad vital.

La ascendencia de los diversos partidos fascistas europeos constituyó un importante punto de inflexión en la historia del regionalismo. Muchos de sus activistas aceptaron o incluso respaldaron los nuevos regímenes fascistas, ya que esperaban hacer realidad su ideal de una sociedad armónica en línea con las tradiciones nacionales y regionales dentro del nuevo Estado. En general, los partidos fascistas respaldaban partes del programa regionalista, como por ejemplo la noción idílica de las zonas rurales intactas como el corazón de la nación. No obstante, otros aspectos de su ideología chocaban con el pensamiento y la práctica regionalista. El fuerte centralismo de los nuevos regímenes, su culto de la violencia, la modernidad, la brutalidad, el carácter totalitario y (en particular en el caso alemán) el racismo eran incompatibles

con la cultura regionalista, que era mayoritariamente pacífica y pluriforme. A diferencia de lo que esperaban numerosos regionalistas, el regionalismo no llegó a prosperar en los nuevos Estados. Se hicieron realidad algunos de sus proyectos, pero en general las asociaciones regionalistas se purgaron de elementos indeseables, estas tuvieron que seguir las instrucciones de los nuevos líderes y, finalmente, se utilizaron abiertamente para llevar a cabo los objetivos –bastante diferentes– de los regímenes fascistas (Koshar 1998, 151-199; Ditt 1991; Thiesse 1999, 261-286; Faure 1989; Núñez y Umbach 2008).

La actitud colaboracionista de muchos regionalistas y la apropiación del regionalismo por parte del fascismo determinaron el destino historiográfico del movimiento. Después de 1945, el regionalismo –como la propia región en general– se solió interpretar de una manera negativa como una fuerza retrógrada y un precursor ideológico del fascismo.

Aunque ahora el regionalismo se está estudiando por méritos propios, sigue habiendo muchas preguntas sin respuesta en torno al regionalismo y el proceso más general de la construcción de la identidad regional. ¿Por qué ascendió el regionalismo? ¿El regionalismo fue producido fundamentalmente por «nativos» como Mistral o jugaron también un papel importante «forasteros» como Rostand? Por consiguiente, ¿se debería interpretar el regionalismo principalmente como un «despertar de las regiones» o se originó desde el centro? ¿Surgió, como se ha dicho a menudo, de una especie de nostalgia por un mundo ordenado y estable que parecía estar desapareciendo o se debía ver en primer lugar como un movimiento innovador que estaba íntimamente relacionado con la modernidad? ¿Se preocupaba principalmente de la definición cultural de una región o tenía también implicaciones políticas? ¿En qué medida estaba vinculado con el proceso de construcción nacional y cómo y por qué cambió esta relación? ¿Cuál fue su impacto en la alta cultura existente? ¿Hay diferencias significativas entre los diversos movimientos regionales y entre el propio regionalismo en diversos países? ¿Y cómo podríamos explicar estas diferencias?

En vez de comparar diversos movimientos regionales dentro de distintos países, con todos los problemas metodológicos que ello conlleva¹, me he decantado por un enfoque muy diferente: el análisis de la cultura del regionalismo en distintos contextos nacionales. Por consiguiente, no estudiaré determi-

1 Es muy difícil seleccionar regiones representativas que tengan suficientes similitudes como para poder hacer una comparación fructífera. Además, sería complicado establecer si las posibles diferencias entre estos movimientos se debían explicar a partir del nivel regional o nacional específico o si los cambios se derivaban de los centros culturales y políticos nacionales o de las propias regiones.

nadas regiones específicas, sino el papel del regionalismo en tres Estados-nación diferentes. Sin embargo, esto solo es posible con un foco de atención claro. En este libro se analizarán las contribuciones de pintores, arquitectos y exposiciones, ya que estos jugaron un papel muy destacado en la nueva auto-definición de las regiones. Como se mostrará más adelante, después de 1890 los pintores especializados en temas regionales y los arquitectos que desarrollaron un estilo neovernáculo crearon una nueva corriente artística regionalista. Visualizaron lo que consideraban que era esencial o típico de una determinada región y su obra atrajo mucha atención y suscitó numerosos debates. Las discusiones sobre esta nueva tendencia artística y arquitectónica regionalista solieron ser debates nacionales y al estudiar en particular los escritos de autores que daban preferencia a esta nueva tendencia, se podría extraer y delinear, en primer lugar, un núcleo de argumentos e ideas que se podían encontrar en todos los países que se van a tratar. En segundo lugar, se podrían determinar las particularidades existentes, las cuales se podrían explicar desde los diversos contextos nacionales o desde las diferencias regionales dentro de cada país. Consiguientemente, las principales fuentes de esta investigación no son cuadros, edificios o pabellones regionales, ni artistas o arquitectos específicos, sino las interpretaciones de sus obras por parte de críticos contemporáneos tal como se publicaron en las principales publicaciones artísticas y arquitectónicas de cada país. ¿Cómo «reconocían» estos autores –muchos de los cuales también eran artistas o arquitectos– los elementos característicos de una región específica? ¿Cómo se podía «encontrar» la «auténtica identidad» de una determinada región? ¿Y cómo se debían plasmar estas identidades en cuadros, edificios y pabellones?

Este enfoque proporcionará un amplio análisis del núcleo ideológico del regionalismo, su desarrollo a lo largo de los años, y las diversas diferencias y peculiaridades nacionales y regionales. Sin embargo, un punto débil de este tipo de análisis del discurso es que es bastante difícil obtener una panorámica realmente relevante sobre las causas más estructurales del regionalismo. ¿Por qué era importante definir las identidades regionales? ¿Cuáles eran las principales causas de su desarrollo posterior? ¿Y por qué empezó a declinar? Con el fin de obtener algunas pistas sobre estas preguntas, el estudio detallado de las fuentes textuales también se combinará, en la medida en que sea posible y factible, con un examen de las simpatías políticas de las principales figuras y publicaciones y un análisis de las implicaciones políticas y sociales de la ideología regionalista. Además, con el fin de captar la dimensión política –la apropiación del regionalismo por parte de las diversas autoridades, que empezó alrededor de 1910–, se

le ha dedicado a esta especial atención en la tercera parte al analizar el papel del regionalismo en varias exposiciones de gran envergadura. De este modo, también espero ayudar a aclarar cuestiones más generales sobre las causas, la naturaleza y el impacto del regionalismo en general.

Para garantizar un nivel suficiente de profundidad analítica, me he limitado a los debates sobre la representación de la región en tres de los principales países europeos: España, Francia y Alemania. Francia y Alemania eran los dos principales centros culturales de Europa y se han considerado tradicionalmente como aquellos que personifican el nacionalismo político y cultural, respectivamente. Además, Francia es uno de los Estados-nación más antiguos con una larga historia de centralización, mientras que en el Imperio alemán, que se había unificado en 1871, las regiones seguían teniendo una considerable autonomía política y cultural. España, a su vez, estaba orientada culturalmente hacia Francia, aunque en el cambio de siglo la influencia alemana creció rápidamente. A escala política, España se parecía a Francia en el sentido de que era un Estado-nación antiguo con una administración centralizada. Sin embargo, como regiones como Cataluña y el País Vasco no solo intentaron fortalecer su identidad cultural, sino reclamar la autonomía política, también tiene diferencias sustanciales con el país vecino. Consiguientemente, España es una adición ideal a un estudio comparativo del caso francés y alemán.

Con el fin de mejorar nuestros conocimientos sobre el desarrollo transnacional de la ideología regionalista en el periodo 1890-1939, me centraré en la forma en la que las identidades regionales fueron definidas por pintores y arquitectos en Francia, Alemania y España, señalando también algunas de las influencias más relevantes del exterior. Esto no significa que vaya a intentar dar una panorámica completa del auge, apogeo y declive de la cultura del regionalismo en estos tres países. Me voy a centrar en el proceso de construir identidades regionales más específicas, no en las diversas identidades que se formularon, ni en su difusión.

Un objetivo secundario de este estudio será revisar la interpretación de los pintores y arquitectos que se van a tratar, y presentarlos como una corriente internacional claramente reconocible que estaba estrechamente vinculada tanto con el regionalismo como con el proceso de construcción nacional. Los pintores regionalistas se han ignorado en gran medida a partir de 1914 y desaparecieron casi por completo cuando, después de la Segunda Guerra Mundial, los historiadores de arte se concentraron casi exclusivamente en el auge de las vanguardias. Solo recientemente han recibido más atención. En Francia y Alemania sus obras se exhiben sobre todo en las comarcas en las

que se pintaron y, debido a ello, se estudian principalmente a escala local. Sin embargo, en España, los pintores regionalistas están mucho más presentes en los debates actuales, ya que se ven como parte de la reacción nacionalista a la pérdida de las últimas colonias después de la guerra contra Estados Unidos, la cual está asociada en particular con la Generación del 98. La arquitectura regionalista también se ha ignorado casi por completo a partir de 1945 y solo recientemente ha vuelto a surgir un mayor interés por esta corriente. Y lo mismo ha ocurrido con el papel del regionalismo en las exposiciones internacionales. No obstante, estos estudios recientes también siguen adoptando un marco nacional.

Este libro está dividido en tres partes, que tratan sucesivamente el papel del regionalismo en pintura, en arquitectura y en exposiciones internacionales, en un orden cronológico no muy estricto. La primera parte, relativamente corta, trata la interpretación de la obra de los principales pintores regionalistas que dieron las principales publicaciones artísticas de Francia, Alemania y España desde aproximadamente 1890 a 1914. Como el arte regionalista se puso en boga primero en Francia, empezaré con el debate francés, para continuar con Alemania y España. Con respecto a la arquitectura regionalista, que es el tema central de la segunda parte, Alemania estaba claramente a la cabeza, seguida por Francia y España. En este caso, se han examinado las principales revistas de arquitectura de estos países para analizar artículos sobre edificios y arquitectos regionalistas, mientras que la atención se ha centrado, por un lado, en las casas de campo y chalets que se construían para las clases medias-altas y, por otro, en las ciudades jardín que se construyeron para los menos pudientes. Las influencias regionalistas en arquitectura solo fueron visibles después del cambio de siglo y mantuvieron su importancia hasta principios de los años veinte. Mientras que las dos primeras partes tratan de artistas y arquitectos que trabajaban para sí mismos o clientes particulares, la última parte muestra que diversas autoridades también empezaron a adoptar el regionalismo para representaciones oficiales en exposiciones de primer orden. Sorprendentemente, las ciudades de Barcelona y Sevilla tomaron la delantera. Después de décadas de preparativos, las exposiciones internacionales de ambas ciudades se celebraron simultáneamente en 1929. Francia y Alemania solo las seguirían en los años treinta. Basándose en estudios existentes bien documentados y reseñas contemporáneas de la prensa de arquitectura, la última parte mostrará que el regionalismo fue adoptado (si bien de distintas maneras) por regímenes de casi todas las tendencias políticas: los ayuntamientos más o menos democráticos de Barcelona y Sevilla, la dictadura militar de Pri-

mo de Rivera, gobiernos progresistas y más conservadores de Francia, la administración del Frente Popular de Leon Blum, y varias autoridades nazis. No obstante, la apropiación política del regionalismo coincidiría con su declive.